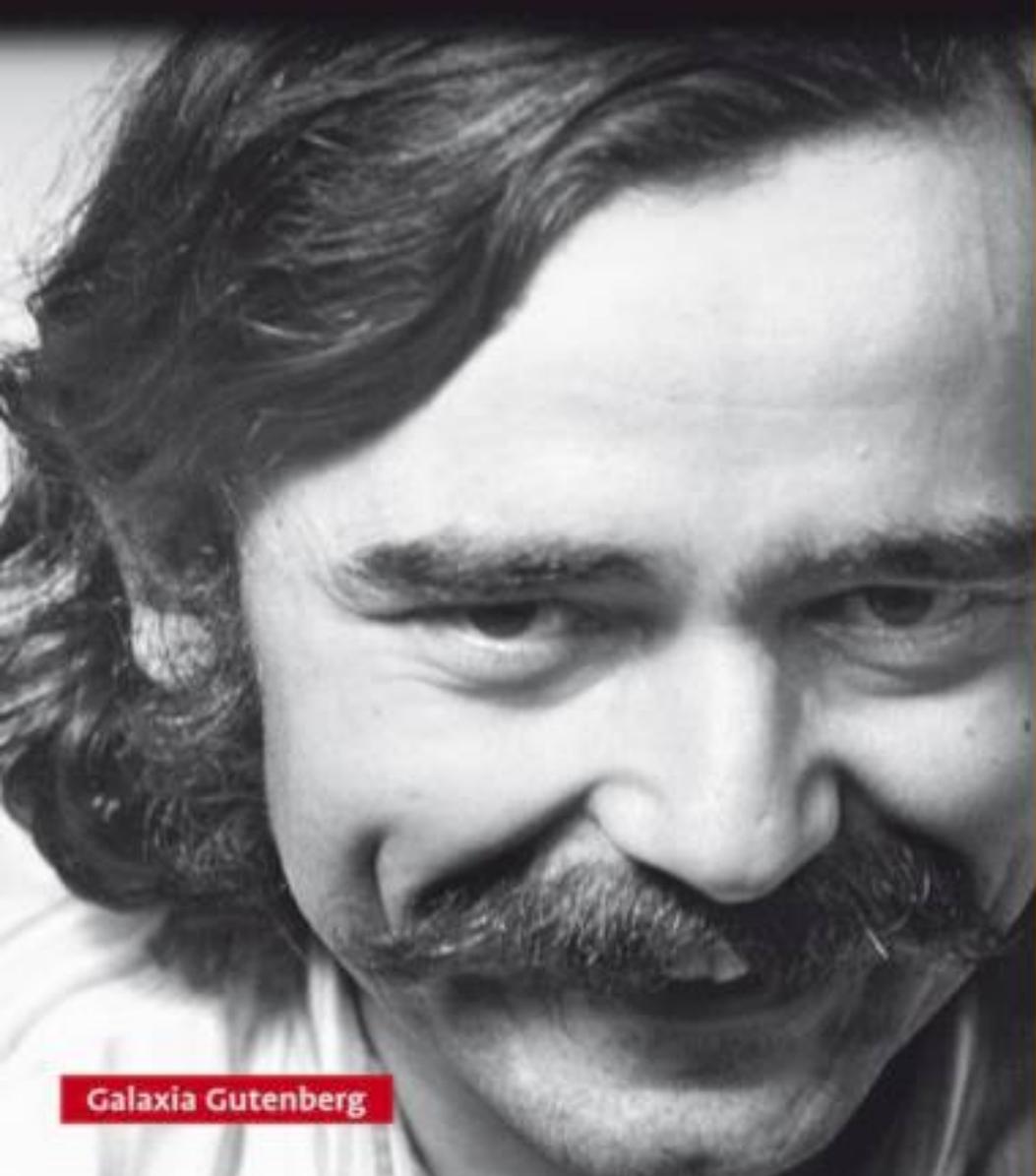


Eugenio Trías

La funesta manía  
de pensar



Galaxia Gutenberg

**Eugenio Trías** (Barcelona, 1942-2013) es, sin duda, uno de los filósofos españoles más relevantes del siglo XX y principios del XXI y el único pensador español distinguido con el premio Internacional Friedrich Nietzsche, concedido a la trayectoria global de un filósofo.

Tras cursar estudios de Filosofía en España y Alemania, fue profesor en distintas universidades, y desde 1992 ocupó la cátedra de Historia de las Ideas de la Facultad de Humanidades de la Universidad Pompeu Fabra. En esta misma universidad recientemente se ha creado el Centro de Estudios Filosóficos Eugenio Trías (CEFET) que alberga su biblioteca y archivo personal y que velará por la difusión de su obra.

Eugenio Trías llevó a cabo una profunda reflexión sobre la condición humana, del hombre como habitante del límite, en ese espacio fronterizo entre el ser y la nada, de donde deriva su relación con lo divino, lo sagrado y lo trascendente. Todo ello lo divulgó en una ambiciosa producción de más de treinta títulos, entre los que destacan: *La filosofía y su sombra* (1969), *Drama e identidad* (1973), *El artista y la ciudad* (1976, premio Anagrama de Ensayo), *Tratado de la pasión* (1978), *Lo bello y lo siniestro* (1983, premio Nacional de Ensayo), *Los límites del mundo* (1985), *Ciudad sobre ciudad* (2001) y la trilogía que consagró a su «teoría del límite»: *Lógica del límite* (1991), *La edad del espíritu* (1995, premio Ciudad de Barcelona) y *La razón fronteriza* (1999).

Desde sus primeras colaboraciones en la revista *Destino* en la segunda mitad de la década de los setenta, Eugenio Trías no abandonó nunca la escritura de artículos en diversos medios de comunicación. Como afirma Francesc Arroyo en el prólogo a esta edición, «Trías estaba convencido de que no podía vivir al margen de sus conciudadanos, de sus cuitas, esperanzas y temores porque eran también los suyos».

Eugenio Trías daba mucha importancia a sus colaboraciones en prensa, como pone de manifiesto cuando afirma, en su libro *Pensar en público*: «He recogido en forma de antología lo mejor de esas colaboraciones de muchos años. Algunos de estos artículos constituyen páginas equiparables a los mejores pasajes de mis libros.»

El presente volumen se titula *La funesta manía de pensar* por decisión expresa de Eugenio Trías, quien antes de su muerte había previsto titular así un volumen que compilara algunos de sus textos publicados en prensa. Aquí se reúne una selección de artículos escritos entre 2001 y 2013 nunca antes recogidos en libro. Se incluyen textos sobre Arte, Cine, Música, Religión y Política, así como los que Trías dedicó a la filosofía de otros pensadores y a la suya propia. El libro concluye con el texto «El gran viaje», una bellísima meditación sobre la muerte.

EUGENIO TRÍAS

# La funesta manía de pensar

Edición al cuidado de Francesc Arroyo

**Galaxia Gutenberg**

Publicado por:  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
[info@galaxiagutenberg.com](mailto:info@galaxiagutenberg.com)  
[www.galaxiagutenberg.com](http://www.galaxiagutenberg.com)

Edición en formato digital: febrero de 2018

© Herederos de Eugenio Trías, 2018  
© de la selección y el prólogo, Francesc Arroyo, 2018  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2018

Conversión a formato digital: gama, sl  
ISBN: 978-84-17355-13-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)

si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra  
([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

## Índice

Prólogo. El pensador

### PENSAR EN COMPAÑÍA

Arte: la forma lógico-sensible del mundo

Sobre la muerte del arte

Elogio y nostalgia de los años sesenta

Previsiones creadoras en el milenio incipiente

Lo intempestivo: la obra de arte y la cultura

Cine: imagen y sonido en movimiento

Atrapa a un ladrón

Demonio con rostro humano

El faro del fin del mundo

Tiempo de cine

Metrópolis

Asalto al sanctasanctórum de la cultura de masas

Odisea espacial

Música de cine

Música: nodriza del logos

Fantasia musical de una noche de verano

El canto de las sirenas

La música piensa

Minorías globales

Música de hoy

Escenificación musical del infinito

Filosofía: signos de interrogación

Ética y estética

Una ética de la libertad revolucionaria

Lo que queda de Sartre

Freud: 150 años de un clásico controvertido

Tiempo, evolución y azar: memoria de Darwin  
Lévi-Strauss y la fascinación del incesto  
Schumann, Mozart, Tarkovski: soñar que se sueña

## DESDE EL LÍMITE

Religión: la cita del hombre con lo sagrado

La religión y la edad del espíritu

Preludio de Navidad

De dioses y de crisis

Política: el uso práctico de la razón

Derecha española y cultura

Las dudas del coloso

Avergonzarse de los clásicos

La catarsis necesaria

España: una novela

Ensayo catalán en Guadalajara

Defensa de las nacionalidades históricas

Anarquía y reinos de taifas

Seguridad e integrismo religioso

Choque de civilizaciones

El espíritu de las leyes

Donde arrecia el peligro

Rapsodia española

Iberia

Regresión

Comedia triste

Asombro y vértigo: pasión filosófica

Vida e inteligencia

¿Qué se hizo de la Modernidad?

La filosofía entendida como una de las bellas artes

Elogio de la contemplación

Hacia el espíritu

Lectura en tiempo de guerra

Paciencia de la libertad y paradoja de la seguridad

La política y su sombra

Música y filosofía

¿Ha muerto la filosofía alemana?  
El reloj del juicio final  
El robo del cadáver  
Sol de invierno (sobre el espacio y el tiempo)

El gran viaje  
Postscriptum  
Relación de artículos  
Últimos títulos publicados

## PRÓLOGO

## El pensador

Eugenio Trías (Barcelona, 1942-2013) fue un espíritu libre. Hizo lo que quiso, cuando quiso y como quiso. La libertad era para él un anhelo y un estado. Tuvo, además, la suerte de pertenecer a una familia acomodada –lo que le permitió elegir–, y la de vivir en unos tiempos en los que la libertad era una divisa. Es cierto que soportó la dictadura franquista en lo que tenía de modorra cultural o acultural, pero supo enfrentarse a ella cuando convino y, sobre todo, supo burlarla, como muestra con orgullo en las páginas de *El árbol de la vida*, donde recorre sus primeros treinta y tres años. En esa obra se define a sí mismo como «una hoja caída de las más sofisticadas estirpes de la burguesía patricia barcelonesa», lo que no le impedía sentirse también «un desclasadado en relación a mis orígenes».<sup>1</sup> De modo que asumió la herencia familiar e histórica, a la vez que marcaba las distancias del rebelde que fue, sin llegar a ser nunca un revolucionario.

Como otros filósofos que admiraba, fue un hombre de su tiempo.

Hay una inexacta versión de la vida de Kant que lo describe casi como un anacoreta. Un hombre dedicado exclusivamente a la reflexión y la escritura filosóficas. La anécdota que se acostumbra a utilizar para resaltar ese ensimismamiento es la del filósofo paseando por Königsberg tan puntualmente que las comadres aprovechaban su paso para verificar la precisión de sus relojes. Hay parte de cierto en ello, pero también hay mucho de incierto. Los últimos estudios sobre su vida nos hablan de un Kant aficionado a jugar a las cartas y que, en alguna ocasión, tuvo dificultades de tipo ético para reconocer la calle donde vivía. Pero lo importante es que Kant no vivió en una torre de marfil sino

que fue un filósofo vinculado a su época. Como Platón, por quien Trías sentía una admiración especial. Si este se aventuró hasta tres veces (todas acabaron mal para él y para los demás) a surcar los mares en un intento de hacer realidad su idea de república, el pensador alemán se entregó con vehemencia a las noticias que le llegaban de París, convencido de que la Revolución francesa era, de hecho, su filosofía en la práctica. Es decir, ambos fueron hombres comprometidos, convencidos de que su tarea de comprensión de las cosas no podía quedar al margen de la intervención directa sobre la realidad.

También Eugenio Trías estaba convencido de que no podía vivir al margen de sus conciudadanos, de sus cuitas, esperanzas y temores porque eran también los suyos.

Buena parte de las preocupaciones relacionadas con la convivencia las vehiculó a través de artículos publicados en diversos medios de comunicación, sobre todo en diarios y revistas. Y fue así desde el principio de su actividad filosófica. Nunca rehuyó la intervención pública ni el debate político.

Sus primeras colaboraciones se produjeron en la revista *Destino* en la segunda mitad de la década de los sesenta. Aunque en sus orígenes vinculada al bando vencedor en la guerra incivil, la publicación se había ido escorando hacia posturas críticas, lo que le costó algún cierre por parte de la dictadura. A finales de los sesenta era una revista de carácter progresista, en el sentido de abierta a todas las corrientes vivas del momento. Un papel que luego sería asumido más claramente por *Triunfo*, donde también colaboró Trías. Y ambas publicaciones se hicieron eco de sus primeras obras, dejando constancia de que tras ellas había una mente poderosa.

En su primer artículo en *Destino*,<sup>2</sup> dedicado a la traducción al castellano de la *Historia de la locura*, de Michel Foucault, aprovechaba Trías para señalar las influencias que reconocía: «Sade, Nietzsche, Artaud», de quienes afirmaba

que «tienen la palabra crítica que señala la precariedad, el grado cero de nuestras normas y convenciones».

Hubo otras influencias, claro. Hegel, por ejemplo. Y ahí está su tesis doctoral (*El lenguaje del perdón. Un ensayo sobre Hegel*) para demostrarlo. Y por si quedaran dudas, he ahí una definición que él mismo dio de Hegel y que podría aplicarse sin dificultad al propio Trías: «Era un liberal conservador que admiraba la magnífica síntesis inglesa de aristocracia de la inteligencia y democracia popular. Era monárquico constitucional. Adivinó de forma premonitoria la superioridad de esa síntesis liberal-democrática –con forma monárquica– sobre la forma republicana». Y, por si quedaran dudas de que Trías escribía sobre el autor de la *Fenomenología del espíritu* y sobre sí mismo, añadió: «Muchos asumimos con cordura esa misma posición política».<sup>3</sup>

Más cerca, resalta el peso de Ortega y Gasset y, en menor grado, el de Xabier Zubiri. También influyeron en él otros pensadores sin una obra de esas dimensiones. Es el caso de Josep Calsamiglia y Jordi Maragall. Entre sus contemporáneos y coetáneos, hay influencias claras, por vías diferentes, de Xavier Rubert de Ventós y Jordi Llovet, con quienes fundó el Colegio de Filosofía de Barcelona. Pero en el momento en que escribió el texto para *Destino*, algunas de estas influencias aún no se daban.

Permaneció ajeno, en cambio, al influjo de las dos figuras más descollantes de la Barcelona de aquellos años en materia filosófica: Manuel Sacristán y Emilio Lledó. Del mismo modo, otros pensadores que tenían cierto influjo en el resto de España pesan poco en la obra de Trías, con la clara excepción de Fernando Savater. Es el caso de Javier Muguerza y de Gustavo Bueno, quien sí prestó atención a Eugenio Trías en una crítica que pretendía ser ácida de *Meditación sobre el poder* aparecida en el primer número de *El Basilisco*.<sup>4</sup> Trías, que era muy capaz de elegir sus propios rivales, lo ignoró.

Pocas semanas después de aquel primer texto suyo en *Destino* era la propia obra de Trías la que merecía la atención de otros autores: Ana Maria Moix<sup>5</sup> y Josep Maria Carandell,<sup>6</sup> quien vinculaba al filósofo a una generación que irrumpía en la vida cultural con voluntad innovadora, tanto en el ámbito del pensamiento como en la novela o incluso en el arte y el diseño. Y ya hablando del propio Trías afirmaba: «Parece decir: adelante, no hay que tener miedo a lo que venga».

Trías no tenía miedo al futuro. Al contrario, se aventuraba en él con dudas pero también con voluntad de faro. Se hacía presente en conferencias, congresos filosóficos (sobre todo en los Congresos de Filósofos Jóvenes) y también en el mundo de la cultura sin más, es decir, el de los libros. Y parecía tener éxito, según contara en *Triunfo* Fernando Savater, otro filósofo con el que compartía afinidades: «Fenómeno publicitario, sacerdote de un culto prohibido o teórico de posturas "estético-voluntaristas-pseudorevolucionarias-diminutoburguesas", la presencia no sea más que editorial, de Eugenio Trías en el yermo de las ánimas de la filosofía es indudable». Savater elogiaba sin reparos la figura del pensador al que veía «más cerca del pirata que del filósofo, como debe ser», y concluía que Trías estaba cumpliendo con las obligaciones de los filósofos: «la primera obligación (hay varias a cual más graciosa) es ser incómodos. Seriedad, divino tesoro... ¡vete a hacer puñetas!». <sup>7</sup>

Filósofo pues, innovador y provocador. Como el propio Savater. Tiempo después Eugenio Trías no tendrá dudas sobre qué rasgos caracterizan a la filosofía: «Una filosofía se acredita si es capaz de elaborar una propuesta que requiere tres características necesarias. (1) Promover un desplazamiento innovador en relación a la historia de los hábitos de pensamiento. Y (2) alcanzar una ambición suficiente como para que esa propuesta afecte y altere el conjunto de lo que puede ser pensado. (3) Toda filosofía verdadera, en

tercer lugar, debe ser también una respuesta posible a la contemporaneidad».<sup>8</sup>

Siguió Trías con sus colaboraciones en prensa, sobre todo en las páginas culturales del vespertino barcelonés *Tele-Express*, que en los primeros años setenta se había convertido en el diario de referencia del progresismo catalán, mal que bien asociado a lo que dio en llamarse la *gauche divine*, una izquierda compuesta a partes iguales por revolucionarios de salón y gente que había asumido que oponerse a la dictadura no tiene por qué ir inevitablemente asociado a vivir de forma conventual. Hay un cuento de Juan Marsé que lo describe a las mil maravillas: «El Pijoaparte y la *gauche divine*».

Fueron aquellos los años de sus primeras obras que eran a la vez lúdicas (adjetivo que en el inicio no le gustó), desenfadadas, sin renunciar por ello al rigor. El mismo rigor que mostraba en sus clases universitarias o en las charlas que mantenía en bares o en su casa con algunos alumnos seleccionados. Él mismo ha definido alguno de estos primeros volúmenes como «literatura de combate». En sus memorias señala: «Me había convertido en una auténtica "bestia negra" de ese antiguo progresismo algo necio y escasamente cultivado. Se me tachaba de filósofo burgués o pequeñoburgués. Hasta que al final se dio con el rótulo adecuado: yo practicaba una "filosofía lúdica"». Y añadía: «Eso de "lo lúdico" hizo fortuna. El diccionario de Filosofía de Ferrater Mora, en un arranque de inventiva, tiene el buen gusto de incluirme en la nómina de los filósofos, pero a mi nombre añade sólo tres referencias: "Véase Dispersión, Ideología y Lúdico". Espero que se halle el filósofo catalán en la eterna gloria. Por lo que sé, las sucesivas ediciones de esta obra no han revisado una caracterización tan sutil e inteligente. Quizás para los herederos de esa obra padecí muerte filosófica o civil en 1971».<sup>9</sup> Para hacer justicia al diccionario, en la edición de 1994, si bien la entrada de su nombre permanece invariable, puede leerse en la voz

*lúdico*: «Junto con Derrida y Gilles Deleuze se han [sic] considerado a veces como pensadores de tendencia “lúdica” Fernando Savater, Agustín García Calvo y a veces a Eugenio Trías».

Lúdico o no, así explica su trayectoria el propio Trías, «Comprendí que la única fuente auténtica de la filosofía [...] sólo podría hallarla en el manantial, entonces inagotable, de mi propia vida. O que entre filosofía y vida debía haber siempre una conexión estrechísima, o un anudamiento interno muy firme. O que no podía ir la vida por un lado y la reflexión filosófica por el otro».<sup>10</sup>

En consecuencia, Trías escribe, desde el primer momento, textos con voluntad de intervención académica con la misma pasión y entrega que los textos periodísticos, que pretenden la intervención en el conjunto de la sociedad. Ambos son indisociables, de modo que algunos de los escritos nacidos para la prensa acabarán en volúmenes de perspectiva académica. Que su visión de la academia no coincidiera con la de no pocos académicos es harina de otro costal cuya responsabilidad debe buscarse, en parte, en el academicismo rancio que dominaba por entonces en no pocas cátedras y no es seguro que no siga instalado en algunas.

Para él, «las grandes experiencias enumeradas, la estética, la religiosa, la ética, o la filosófica en sentido estricto, poseen idéntica relevancia. Los “barrios” de la ciudad filosófica son, todos ellos, igualmente importantes. Ninguno gobierna sobre los demás. No hay estadios jerárquicos entre ellos (como los que estableció Kierkegaard). Ni la reflexión sobre la verdad se subordina a la filosofía de la praxis; ni tampoco, a la inversa, puede decirse que esta se sitúa a años luz de la vida teórica y contemplativa, como pensaban los griegos».<sup>11</sup>

Del cuidado que Eugenio Trías ponía en sus colaboraciones en prensa da cuenta él mismo cuando recuerda una selección, previa a la que sigue a estas páginas: «En mi li-

bro *Pensar en público* he recogido en forma de antología lo mejor de esas colaboraciones de muchos años. Algunos de estos artículos constituyen páginas equiparables a los mejores pasajes de mis libros». <sup>12</sup>

Los textos que aquí se recogen fueron publicados entre los años 2001 y su muerte, ocurrida en febrero de 2013, todos ellos en las páginas de *El Mundo* y *ABC*.

A efectos taxonómicos, Trías tiene dos tipos de escritos: los que toman como punto de partida el discurso de otros y aquellos en los que se aventura directamente sobre lo que quiere hablar. Luego, como ocurre tantas veces, unos textos y otros tienen mucho en común, de modo que en los primeros, claro está, habla de todo lo que quiere y en los segundos no desdeña utilizar las aportaciones de otros discursos.

Los discursos de otros que le mueven a escribir son, en líneas generales, libros, películas, música y obras de arte (si es que se puede hacer esta separación, porque resulta obvio que algunas piezas musicales, novelas, ensayos o films son claramente también obras de arte). El segundo bloque son los textos dedicados a la política, la religión y la filosofía. Bien entendido: para Trías la filosofía es siempre un discurso global, no hay fronteras que puedan detener la reflexión. A lo sumo, el límite que se trata de asir para aprehender con él al mundo que habita el sujeto. Pero arte y política, cine y música son diversos aspectos de la expresión filosófica, es decir, de la razón. De modo que puede empezar un texto hablando de Haydn para llegar a Obama y la idea de imperio que rige la historia presente o partir de una película para abismarse en la soledad del hombre ante la muerte.

Y por encima de todo, la música: «Para mí la música es mucho más que arte; o es arte sagrado, como dice el compositor Flamant en la inmensa ópera testamentaria *Capriccio* de Richard Strauss. La música es mi *materia revelada*. La compañía de compositores ha sido para mí el mejor camino